

Diógenes

Noticario

EL EMPERADOR KWANG HSÚ.

En las ediciones «Asia-América» que se publican en Tokio, Juan Marín, trabajador incansable, ha lanzado en este año de 1941, un nuevo libro: «El Emperador Kwang Hsú». Es un drama de ambiente chino, en tres actos, realizado según lo explica el autor, a base de documentos históricos que se refieren a la época en que el Celeste Imperio se siente remecido sobre sus cimientos milenarios, por ideas nuevas que llegan a derrumbar la antiquísima dinastía que gobernó a ese inmenso país con un despotismo absoluto.

Sin conocer el Oriente, ni las características esenciales del pueblo chino, no es fácil dar un juicio definitivo acerca de la propiedad con que ha creado Marín el ambiente que rodea a tan encumbrados personajes, como son los que intervienen en el drama. Es de presumir, sin embargo, que ha estudiado detenidamente los episodios históricos a base de los cuales escribió, pues al leer esta pieza teatral se advierte la seguridad del que mueve personajes cuya actuación en la vida conoce bien.

La Emperatriz madre, impone su despotismo en forma que nadie se atreve ni siquiera a mirarla frente a frente. Es un ser sagrado, ante el cual todas las intrigas de una Corte, corroída por la podredumbre moral, convergen hacia ella. El Emperador trata de rebelarse y ordena la prisión de la Emperatriz Madre,

pero el General a quien le da esta orden lo traiciona. Es el Emperador el que cargado de cadenas sufre una prisión de diez años, que lo aniquila. En su presencia los soldados estrangulan a la mujer que ama, mientras su mujer, la Emperatriz consorte, ríe satánicamente. Siguen las intrigas en la Corte, pero afuera los hombres del Kuomintag, siguen conspirando, trabajando por libertar a China de la esclavitud. Y un día lo consiguen. Y cuando los jefes revolucionarios entran al Palacio Imperial a notificar a la despótica y cruel ama de China, que su reino ha terminado, ésta ya ha hecho beber el veneno al desgraciado Emperador y ella ha muerto en igual forma.

El drama está flúidamente escrito y tiene una gran intensidad. Dado por una gran Compañía seguramente sería un espectáculo de singular interés por su exotismo en el ambiente y en los caracteres.

GRAFISMO ANIMALISTA EN EL HABLAR DEL PUEBLO CHILENO

Oreste Plath, el autor de este breve Ensayo, ha recogido con paciente acuciosidad todas las palabras que se refieren a los animales para darle a un dicho, a un refrán o sentencia un sentido pintoresco y gráfico.

Oreste Plath, para fijar las características más salientes del lenguaje popular, hace una somera relación de las circunstancias naturales que rodean a los habitantes de nuestro país, en las diversas regiones en que viven, y de cómo esto influye en sus comparaciones o dichos ingeniosos. Al respecto observa, con mucho acierto, que el indio fué especialmente inclinado a ponerle nombres de animales a los lugares donde vivía y aun a sus semejantes. Pero tenían en esto un claro sentido del valor que concedían a cada nombre. Así, por ejemplo, un cobarde en ningún caso podía llamarse león. Ni un flojo, venado, que es símbolo de agilidad.

El pueblo siguió la costumbre, y especialmente el huaso, por su directa relación y convivencia con los animales. El autor para cada caso, ya se refiera al dolor, a la alegría, al desprecio, a la cólera, etc., da un ejemplo exacto y expresivo por su maliciosa y elocuente rudeza. Sus explicaciones son breves y precisas, aunque se resienten de la falta de una interpretación artística que hubiera valorizado la calidad de su trabajo elevándolo a un plano superior.

En todo caso el trabajo de Oreste Plath tiene importancia por la acumulación de datos que hay en él, especialmente en lo que se relaciona con la intención traviesa y a ratos burlona, que existe en el alma popular para poner de relieve los defectos del prójimo. Sólo por excepción las cualidades. El roto, el huaso y el futre, están siempre inclinados a la mordacidad; a poner al vecino en ridículo. Y para conseguirlo recurren a la comparación animalista. La gracia picante surge, precisamente, de la intención maliciosa que se pone para exagerar cualidades o defectos, en una especie de caricatura que vive en la imaginación más que en la realidad.

EL AGUA.

Las palabras suelen tener a veces algo de la virginal pureza de una gota de rocío en donde el milagro de la primera luz, pone la maravilla del color. A Francisco Donoso, el verso le nace así limpio y fresco como una flor que se agita en el viento, por primera vez, su corola delicada y fragante. Cuesta a veces sacar del pensamiento las ideas más simples, desnudas de todo adorno, alejadas del más mínimo sentimiento estético. Hay que pensar entonces cuán difícil es darle al verso esa calidad de metal precioso, o de cristal transparente que tienen algunos de los versos de este poeta, sereno y claro, rico en matices y profundo en su sencillez.

Nos habla de la belleza generosa del agua, Y su instru-

mento poético ha encontrado una nota para cada una de sus sensaciones. Es el artista que conoce el milagro del agua en su humildad y en su rebeldía, en su modestia y en su magnificencia. El agua que va por los esteros, el agua que cruza el bosque estremecida de canciones, o la triste y sombría del pantano, que es posible que pague allí pecados de vanidad, de coqueta nubecilla en alguna lejana evaporación. El río, el océano, encuentran en la sensibilidad de Donoso, una bella y distinta expresión que afina la nota, dándole cierta aristocracia en la rima, o en el acierto de colocar una palabra que queda a veces como un brillante en la linda mano de una mujer.

El poeta debe poseer en alto grado el don de sugerir. Es por medio de ese don como mejor se penetra en la sensibilidad del que lee. La belleza se ofrece de esta manera, como la bondad de un hada que no podemos ver; o un perfume vago que sutiliza el ensueño. Quizá el misterio en que se refugia el anhelo imposible. Francisco Donoso hace recordar a esos ríos del sur, cuando se arremansan en un recodo, y son espejos donde se refleja el ala de un pájaro o el temblor de una estrella que roza levemente el secreto de su piélago azul. El lo dice maravillosamente en su soneto «El Lago»:

Siempre absorto en el cielo, ensoñecido,
el Lago ve las huellas de su Dueño
en el polvo de soles y de ensueños
que el paso de Jesús dejó esparcido.

El éxtasis arrulla su latido
y un nimbo deja en su cristal risueño
la Magdalena surca por su sueño
como un dulce recuerdo amanecido.

A veces, triste, en su cendal de ausencia
alguna niebla de saudades flota
sobre la beatitud de su conciencia.

Hondo asceta en su espíritu palpita.
Ama la luz como una humilde gota
que, en esfera traslúcida, palpita.

(«El agua», pág. 60).

EL VASAURO

Heredado probablemente, como un tesoro de familia, y por generaciones que a lo mejor nada tuvieron que ver con Pedro de Oña, este poema heroico como lo tituló su autor, escrito en el Cuzco en 1635, va a dar un día a poder del señor Rodolfo Oportus, juez de Talca, a cuyas manos llega el auténtico original del escrito.

Los hijos del juez Oportus, le ofrecen en venta el original de «El Vasauro» a don Diego Barros Arana, que a su vez propone esta venta a don Luis Montt, Director de la Biblioteca Nacional, quien lo adquiere para ese establecimiento, en 1886, en la suma de 500 pesos.

El libro de Oña se conservaba inédito en los archivos de la Biblioteca, sin que hasta ahora nadie se atreviera a meterle el diente, haciendo un estudio concienzudo y detallado de su contenido, de su intención y de su valor literario. Este enorme trabajo lo acaba de realizar el Dr. Rodolfo Oroz, hombre de amplia cultura y latinista de dilatados estudios, que le han permitido llegar al fondo del espíritu del vate angolino, que antes había escrito su famoso poema «Arauco Domado».

Se ve que el Dr. Oroz es un hombre denodado y tesonero. Porque no es broma decidirse a explorar esa inmensa selva que es el poema de Pedro de Oña, en el cual éste habla de lo divino y de lo humano. De la verdad y de la ficción. Parece que don Pedro de Oña, no se andaba con chicas cuando quería lavarle los cascos a algún poderoso, pues en «El Vasauro» lo hace bastante bien, aparte de los versos en lo que se refiere a loanzas.

El poema está dedicado a Luis Jerónimo Fernández de Cabrera y Bobadilla, cuarto Conde de Chinchón, que en la época del poeta, ocupaba el alto cargo de Virrey del Perú.

El poema narra las hazañas de un glorioso antepasado del Conde de Chinchón, don Andrés de Cabrera, Marqués de Moya, que ayuda a Enrique IV, rey de Castilla, a defender su reino de una invasión de los portugueses. Don Andrés se cubre de gloria en la defensa del Alcázar de Segovia y este feliz acontecimiento—pues los portugueses fueron vencidos—es celebrado con un gran banquete que ofrece don Andrés al rey, a Isabel su hermana y a Fernando de Aragón.

Muerto el rey Enrique, su hermana Isabel es proclamada soberana y esto provoca la unión de los reinos de Castilla y Aragón. Siguen las guerras con Portugal, pero al fin los españoles vencen, y esto ocurre mediante los sabios consejos del Marqués de Moya, don Andrés de Cabrera, que con su esposa doña Beatriz de Bobadilla, pelean en los campos de batalla, como dos incansables soldados. Porque doña Beatriz tiene una historia legendaria. Por circunstancias largas de explicar, la cría en el bosque una leona, que en lugar de devorarla la amamanta. De ahí saca su inaudito valor. Cuando los portugueses son definitivamente vencidos, los reyes Fernando e Isabel, celebran una gran fiesta en la que ofrecen a don Andrés un vaso de oro, (el vasauro) en el cual están escritas todas sus hazañas de guerrero, y las de su mujer.

En seguida viene la descripción de las guerras contra los moros y la intervención de don Andrés, de su mujer y de sus hijos en favor de los reyes. En una síntesis muy clara y completa el Dr. Oroz resume el poema de Oña en su totalidad. Luego hace un interesante estudio de su estructura, de los elementos ficticios y de los elementos históricos que figuran en él.

El estudio del Dr. Oroz es de una gran minuciosidad, para explicar los diversos aspectos de la obra. Estudia la forma cómo Oña describe los caracteres y las singularidades de su es-

tilo. Se ve el espíritu del investigador, del erudito y al mismo tiempo el hombre de sensibilidad, que se detiene con curiosa emoción en el sentimiento del poeta. Es digna de todo encomio la prolija y valiosa labor realizada por el Dr. Oroz, para darnos a conocer este vaso de oro que le ofrece, de Oñá, al muy noble señor de Chinchón.